

5. EDUCAR PARA EL PROYECTO PERSONAL: HACER DE LOS VALORES REALIDAD

LUIS MANUEL MARTÍNEZ DOMÍNGUEZ

1. LA DESPERSONALIZACIÓN DE LA EDUCACIÓN EN VALORES

Cuando estamos a las puertas del Tercer Milenio, la pedagogía contemporánea tiene una clara preocupación, cuanto menos teórica, por la educación en valores, como un intento por aplacar la proliferación de enfermedades sociales, crónicas o episódicas que aquejan a la Humanidad.

Son palpables los avances de nuestro sistema educativo en el campo de la información y de la sensibilización social. Se fomenta la actitud crítica y la reivindicación de libertades y derechos; pero no es suficiente. Esta actitud de exigencia de valores debe ir acompañada de un proyecto personal, de un compromiso por vivir lo que se exige a los demás. De lo contrario, todo queda reducido, a la postre, en una simple manifestación de buenas intenciones o en una estéril lamentación.

De la mera información no puede prosperar una auténtica educación en valores, porque los valores no se conocen si no se viven. Los valores no son como el dinero que se tiene en una cuenta bien guardado, ni son meras ideas que uno aprende y ahí quedan. El dinero cuando se da se deja de tener, las ideas se pueden dar a la vez que se siguen teniendo, pero si hablamos de valores, sólo se tienen cuando se dan.

Desde nuestra experiencia en el campo de la educación en valores, podemos decir que vivimos en un período de crisis educativa. A pesar de la abundancia de recursos y de información, una gran masa de ciudadanos no tiene los resortes necesarios ni la formación suficiente como para comprometer sus vidas en defensa de lo que valoran.

La educación en valores que se desprende de la cultura dominante, es fruto de una civilización que lucha por ofrecer paz, seguridad y bienestar. Esta seguridad y este

bienestar se presupone como consecuencia de la coexistencia pacífica, que surge del delicado equilibrio de fuerzas contrapuestas, fundamentándose en el consenso democrático más que en preceptos morales. Pero para que este equilibrio sea realmente seguro, no basta con la firmeza en la palabra dada, ni en los acuerdos. Es necesario el control de dichas fuerzas porque se interpreta, siguiendo el planteamiento hobbesiano, que *"el hombre es un lobo para el hombre"*, y se combate al artífice de la inseguridad, al propio hombre.

De este pensamiento se derivan los valores que, mayoritariamente, se transmiten hoy en la educación; aquellos que procuren ciudadanos solidarios, tolerantes y pacíficos, que respeten la naturaleza, la salud y el pacto social. Se deja a un lado, todo lo que tenga que ver con grandes ideales o cualquier tipo de doctrina que suene a "radical". En definitiva, cualquier manifestación humana que ponga en peligro este equilibrio social, caldo de cultivo del hedonismo individualista.

De nuestra experiencia con jóvenes de muy diversos ambientes y condiciones, podemos interpretar que el modelo educativo que se impone en nuestra sociedad no se preocupa por sus ciudadanos para que sean radicalmente personas, sino que orienta todos sus esfuerzos a forjar individuos moderados que respeten las reglas de la coexistencia pacífica. Es decir, ya no interesa tanto que cada persona sea buena y luche por alcanzar un estado de perfección humana. Lo que más importa, realmente, es que todos sean tolerantes y democráticos. Que luego sea un canalla con sus padres o infiel a su cónyuge -por ejemplo- no está bien visto pero en fin: *es la "vida privada" y mientras no salpique...*

El concepto de unidad de vida se está olvidando. En un mismo sujeto se separa lo que se viene a llamar la vida pública de la vida privada, como dos corrientes independientes. De esas dos corrientes se establecen una serie de condiciones para hacer la vida pública -el proyecto social, fruto del consenso-, y se desatiende la educación para la vida privada, para la intimidad -el proyecto personal- porque se parte del relativismo moral, a partir del cual, cada uno hace lo que le apetezca con su vida privada, siempre y cuando no distorsione la vida pública.

Esto supone que el hombre debe moderar sus proyectos personales, pues un proyecto radical podría poner en peligro el equilibrio. Las connotaciones que se derivan de este sistema es que **el ciudadano no interesa en cuanto persona sino en cuanto democrático.**

La nueva educación busca de fondo y por todos los medios, forjar individuos democráticos: tolerantes y solidarios, porque son valores interesantes para reducir tensiones en la lucha de "mis derechos". Se da la supremacía al Proyecto Social, pero como forma de garantizar un estado de seguridad donde poder desplegar "mi proyecto individual". Por tanto, todo proyecto personal debe someterse a las condiciones establecidas por este "Consenso Terrenal".

Cuando se parte de que el hombre es egoísta por naturaleza sólo cabe canalizar esa fuerza para que, por lo menos, sea productiva. Es decir, **no se trata de educar para que cada persona sea mejor, sino para que se respete el pacto social.**

2. UNA CATEGORIZACIÓN DE LOS PROYECTOS PERSONALES

Cada persona debe recorrer el trayecto de su vida por medio de sus decisiones libres en busca del bien. En esta búsqueda del bien distinguimos, generalizando, tres grandes planteamientos existenciales, que son: personas sin proyecto, personas con proyectos intrascendentes y personas con proyectos trascendentes.

Personas sin proyecto. Viven al día, buscando situaciones placenteras sin pensar en las consecuencias y eludiendo todo tipo de responsabilidades, sin saber que cuanto más volcados estamos en experimentar placer, tanto más vulnerables somos al dolor y, ya sea en segundo término o en primer plano, el dolor siempre nos acompaña.

Como consecuencia viven del proyecto social y del proyecto de los demás, son aquellas que han renunciado a cualquier aspiración en la vida y lo único que esperan es divertirse próximamente. De estas personas es frecuente oír ese: *Yo estoy contento conmigo mismo.* Esta "orgullosa" expresión esconde tras de sí un clamoroso conformismo y una resignación que no tiene expectativas ni manifiesta interés por superarse, ni por llegar a ninguna meta. Tal vez, al ver el ejemplo de otra persona surge algún sentimiento: *me gustaría ser así,* pero enseguida llega alguna justificación de su situación. No tienen la formación que fundamente la fortaleza ni el coraje suficiente para transformar su vida en busca de sentido.

Frecuentemente, son personas que han sufrido una paupérrima educación humana, donde no se ha ahondado en el sentido de la existencia humana ni en los motivos por los que valga la pena ser fiel y luchar hasta la muerte con alegría.

En esta situación viven una gran masa de individuos, desertando de los grandes valores y quedando sometidos por el devenir de la moda, sin rumbo ni destino, únicamente movidos por la atracción del placer y la repulsión del dolor. Viviendo en una continua y desenfrenada búsqueda de diversión, sin plantearse ningún tipo de proyecto para sus vidas, salvo la forma de escapar del aburrimiento crónico que produce una vida sin proyectos. Es lo que Robert Spaemann, destacada figura del pensamiento en Alemania, llama *nihilismo banal*¹.

Estamos de acuerdo en que cada persona debe construir su propia verdad pero para ello no puede partir de la pura indeterminación. Debe afianzar su visión de la vida en la Realidad, a la que podemos acceder con nuestras potencias superiores: la voluntad y el entendimiento. *"Me parece realmente criminal educar a los niños y a los jóvenes en el relativismo, porque eso significa que la vida no tiene importancia. Uno puede pensar de forma diferente pero contando con unos parámetros, teniendo algún*

criterio para optar, y para ello hay que saber elegir los criterios. En el marco del relativismo, en cambio, la elección es ciega. Es la muerte del alma. En un contexto educativo así, antes de comenzar la vida, las almas han sido asesinadas².

Pero no todo el mundo quiere ser un cero a la izquierda y lo normal es encontrar jóvenes que tratan de desarrollar algún proyecto que les colme de autoafirmación pero los más se lanzan sin grandes pretensiones, dejando el mayor número de puertas abiertas por si acaso... Es lo que llamamos **proyectos intrascendentes** o inmanentes, proyectos que tienen su fin en el propio yo, que se fundamentan en el "me gusta", "me apetece", y claro, en cuanto deja de gustar o ya no apetece, se abandona el proyecto dando "la puñalada" a quien haga falta pero eso sí afirmando ese: "Estoy contento conmigo mismo..."

Pero la historia nos hace ver que no todo el mundo se conforma con proyectos de medio pelo, sino que hay quienes optan por vivir un **proyecto trascendente** que va más allá del placer y del dolor, abriendo sus puertas hacia fuera y dejándolo todo por algo que valga la pena. He aquí la relación: valga -valores- y pena -sufrimiento-. Es decir, encontrar valores trascendentes y duraderos por los que tenga sentido sufrir y entregar la vida.

En esta reflexión de presente y de futuro queremos hacer ver que el planteamiento de consenso social descrito muy brevemente, en estas páginas, -defensor de lo que hacen llamar autonomía del individuo-, lleva al ser humano hacia los dos primeros planteamientos pusilánimes de la vida: sin comprometerse a nada serio o diseñando proyectos mezquinos. Sin embargo, existen motivos para ser optimistas porque a pesar de que las personas que despliegan un proyecto trascendente no son mayoría, serán a la postre, los que muevan el mundo dejando un surco profundo de amor y servicio en la historia.

Quizá, quedan lejanos aquellos tiempos en los que un sujeto, en nombre de su fe marchaba a la aventura. La educación predominante en nuestras escuelas no ofrece un punto de apoyo para mover el mundo, sino para poder decir al ciudadano: «toma tu punto de apoyo y échate a dormir... no des la lata, divierte, organiza barbacoas, cuida tu salud, defiende a las ballenas, seduce con tu imagen, fornicación... pero no te plantees grandes cosas, ya la vida trae consigo suficientes problemas para que te la compliques aun más... ¡¡y sobre todo, no la compliques a los demás!!».

En teoría, parece que este modelo conlleva, cuanto menos, un estado de seguridad, de bienestar que permite vivir en paz. Sin embargo, tenemos la impresión de vivir en una época de inseguridad desusada. En los últimos cien años se han perdido numerosas tradiciones que estuvieron en vigor durante mucho tiempo: tradiciones de vida familiar y social, de gobierno, de orden económico y de creencias religiosas. A medida que transcurren los años parece que cada vez hay menos rocas a las que podamos agarrarnos, menos cosas que podamos considerar como absolutamente correctas y ciertas, fijadas para siempre.

Para ciertas personas esto representa una liberación de las trabas dogmáticas, morales, sociales y espirituales. Para otros es una ruptura peligrosa y temible con la razón y la cordura, y tiende a sumir la vida en un caos irremediable. Para la mayoría, quizá, la sensación inmediata de liberación procura un breve alborozo, seguido por la ansiedad más profunda; pues si todo es relativo, si la vida es un torrente sin forma ni objetivo en cuya corriente nada absolutamente, excepto el mismo cambio, puede durar, parece ser algo en lo que no hay esperanza³.

En nuestra reflexión no nos interesa la consideración o el análisis de los sistemas educativos de las últimas décadas, sino la propuesta de una posible vía de superación de la penosa situación a la que se está llegando en algunos ambientes sociales, como consecuencia de la puesta en práctica de los principios básicos que alimentan estos Sistemas.

Se trata por tanto, de ofrecer una alternativa, un verdadero cimiento más firme y duradero donde construir la vida humana. **Planteamos un giro copernicano que consiste en pasar del individuo que sólo piensa en sus derechos a la persona que se realiza en sus deberes con sus derechos, mediante el despliegue de su proyecto personal.**

3. LA EDUCACIÓN EN VALORES ORIENTADA A LA PERSONA

Llegado a este punto, es posible que nuestra reflexión tenga muchos detractores, pues parece que estamos en contra de la educación democrática, y no es cierto. Más bien estamos en contra del doble lenguaje, de la mentira, de la falta de autenticidad en la proclamación de estos principios.

Más que de Valores en general, preferimos hablar de personas en concreto. A nuestra educación en valores preferimos insuflarle eco de amistad, de interresponsabilidad, de auténtica donación, cooperación e interayuda. No es un nosotros, sino un tú y un yo, así es como, por ejemplo, el sustantivo abstracto *solidaridad* cobra resonancias de virtud humana con lo que adquiere operatividad verdadera.

Para educar en valores hay que llamar a cada cosa por su nombre, no valen planteamientos moderados ni consensos universales que amortigüen la caída. Desde la filosofía del consenso, desde el subjetivismo, se quiere demostrar que cada uno es forjador de sus propios valores que a su vez, son los que empujan al hombre a actuar correctamente. Pero la vida demuestra que el hecho de llegar a un consenso mayoritario no es motivo suficiente para que éste sea respetado. Es necesario un punto de referencia más sólido.

Esta reducción del valor a lo meramente subjetivo, al hecho de que algo sea apreciado o no, se revela como inconsistente. Cuando valoramos algo, pretendemos que nuestro juicio, nuestra estimación tenga una correspondencia *objetiva* que le de

sentido y en la que se apoye. Necesitamos recurrir a nuestra propia reacción subjetiva como un indicador de que algo es valioso, pero esto no es suficiente. «No basta con decir que algo es bueno porque lo afirmo, o porque me gusta, necesito que sobrepase el estrecho círculo de la subjetividad»⁴.

La educación que se fundamenta en el puro respeto de los derechos consensuados no compromete. Sólo se puede mover al compromiso cuando un proyecto se fundamenta en una verdad sólida y consistente. Si no es así, no cabe hablar de lealtad al proyecto inicial, pues si todo es relativo, al mínimo obstáculo se cambiará de proyecto: se requeriría mucha fe en la propia opinión, para sufrir por algo que es relativo.

Los valores no son algo opinable y por tanto, sólo sostenible por los acuerdos. Para hablar de valores hay que hablar del sentido de la realidad. Los valores son aquellas dimensiones de la realidad que dan sentido a la vida, y en concreto a la propia. Si la realidad no tuviese valor -valores- la vida no tendría sentido. En el fondo: la lucha por los valores es la lucha por el control del significado de la vida. Y el significado no lo da lo que uno piense o deje de pensar sino lo que las cosas son en realidad.

Por tanto, una educación será consistente en la medida en que busca conocer y amar la realidad tal cual es proporcionando valores auténticos, es decir que den significado a mi vida y por tanto, a los que me pueda entregar en cuerpo y alma, porque, insisto, es lo que me da sentido.

Los valores no son los que empujan al hombre, los valores son los que atraen, es decir, los valores no salen del hombre, sino que el hombre tiene que descubrirlos. El valor impregna a la persona y la enriquece: la revaloriza. Por tanto, podemos decir que aunque todas las personas sean ontológicamente iguales, en el campo del comportamiento hay personas más valiosas que otras. Es decir, hay personas mejores que otras. Tiene mucha lógica afirmar que en la educación, no sólo debemos procurar el mantenimiento de la coexistencia pacífica, sino que además, debemos buscar el mejoramiento de la persona singular y de este modo llegar al mejoramiento de la comunidad.

Esta educación no se concibe sin expresión o ejercicio que se traduce en donación y servicio. De este modo, es comprensible que el niño aprenda lo que son los valores fundamentalmente en la vida familiar: lugar donde se nos quiere por lo que somos y no simplemente por lo que valemos. La persona que no aprende lo que es la justicia y la solidaridad en el seno de su familia, difícilmente será luego justa y solidaria con aquellos que no conoce.

4. NUESTRA PROPUESTA: EDUCAR PARA EL PROYECTO PERSONAL

La educación personalizada se justifica como estímulo y ayuda a un sujeto para la formación de su proyecto personal de vida y para el desarrollo de la capacidad de llevarlo a cabo. Esto significa no solamente ordenar todos los objetivos de la educación

en función del desarrollo de cada persona humana, con sus notas de singularidad, autonomía y apertura, sino organizar todas las actividades escolares sobre la base del trabajo y de la personal libertad responsable de cada alumno⁵.

Esta es la clave, poner las bases para que cada joven sea capaz de tomar sus propias decisiones con la máxima libertad pero a su vez, con la máxima responsabilidad. La libertad es sólo una parte de la historia y la mitad de la verdad. La libertad no es más que el aspecto negativo de cualquier fenómeno, cuyo aspecto positivo es la responsabilidad. De hecho, la libertad corre el peligro de degenerar en nueva arbitrariedad a no ser que se viva con responsabilidad⁶.

De modo que desde nuestro planteamiento educativo consideramos que la esencia íntima de la persona está en la capacidad de ser responsable. La educación que ya practicamos, con éxito, y que recomendamos, debe hacer del educando plenamente consciente de sus propias responsabilidades; razón por la cual ha de dejarle la opción de decidir por qué, ante qué o ante quién se considera responsable.

Corresponde, pues, al educando decidir si debe interpretar su proyecto siendo responsable ante la sociedad o ante su propia conciencia. Una gran mayoría, no obstante, considera que es a Dios a quien tienen que rendir cuentas; éstos son los que no interpretan sus vidas simplemente bajo la idea de que se les ha asignado un proyecto que cumplir sino que se rebelan ante el proyecto masificante y despersonalizador.

5. LA MISIÓN DEL EDUCADOR ANTE LOS PROYECTOS DE SUS EDUCANDOS

Estamos convencidos de que la función del educador consiste en ampliar y ensanchar el campo visual del educando de forma que sea consciente y visible para él todo el espectro de las significaciones y los principios. El educador no precisa imponer al educando ningún juicio, pues en realidad la verdad se impone por sí misma sin intervención de ningún tipo.

Es importante hacer ver al educando las consecuencias de sus decisiones desde un planteamiento positivo, porque de no seguir el camino cómodo sino otro más exigente para consigo mismo, dependen muchas cosas grandes. Se trata de hacer ver al educando, lo satisfactorio que puede ser, para uno mismo y para los demás, lanzarse con valentía y generosidad a un proyecto personal de envergadura que de sentido a su vida.

El interés principal del hombre no es encontrar placer, o evitar el dolor, sino encontrarle un sentido a la vida, razón por la cual el hombre está dispuesto incluso a sufrir a condición de que ese sufrimiento tenga un sentido⁷.

Dudo que haya ningún educador que pueda contestar en términos generales sobre el sentido de la vida. Lo que importa realmente es el significado concreto de la vida de cada persona en un momento dado.

Todos los responsables de la comunidad educativa, deben esforzarse por vivir aquello que pretende transmitir, como dice el dicho popular: «Fray Ejemplo es el mejor predicador». «Para comunicar valores es necesario vivirlos y sentirlos y creo que si el profesorado primero no realiza esta labor de introversión, reflexión, terapia o como quiera llamarse, la educación en valores quedará como hasta ahora, descafeinada y funcionando en beneficio del poder establecido, de fuerzas implícitas ya establecidas en el inconsciente colectivo»⁸.

La actitud, el comportamiento, la manera de ser, ofrecen la respuesta esencial del educador a la mirada interrogante de sus alumnos. «No son los métodos los que hacen bueno al maestro, sino el maestro el que hace buenos a los métodos, porque enseña lo que vive y vive lo que enseña. Su autoridad nace de que no es otra cosa que un servicio cualificado, que brinda por medio de su saber y de su actitud»⁹.

Haga lo que haga, el educador transmite unos valores. Por más que trate de no hacerlos explícitos, ejerce una influencia. Incluso parece ocurrir lo contrario, que es más fácil manipular cuando las cosas no están claras, pues no se puede controlar aquello cuyo influjo no es reconocido. Por otro lado, evitar el adoctrinamiento es posible aunque se transmitan valores o creencias personales si se hace de un modo que no coarte la libertad, respetando y promoviendo una comprensión racional que dé al alumno más posibilidades de ejercer su libertad¹⁰.

NOTAS

1. SPAEMANN, R.(1992): *La unidad del Mithos, culto y Ethos como fundamento de la cultura*. Madrid: Rialp, p. 33.
2. Ibidem, p. 1.
3. WATTS, A.(1987): *La sabiduría de la inseguridad*, Barcelona: Kairós, pp.14-15.
4. MARÍN IBÁÑEZ, Ricardo.(1992) «Valores emergentes en el mundo contemporáneo», *Actas del II Congreso Internacional de Filosofía de la Educación*. 30 noviembre-4 de diciembre 1992, Madrid, p. 222.
5. GARCÍA HOZ, V.(1985): *Educación Personalizada*. Madrid: Rialp, p.44.
6. FRANK, V. (1989) *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder, p. 126.
7. Ibidem p.111.
8. BOSCH, M^a.C.: «Algunas reflexiones sobre la enseñanza de los valores en la LOGSE», en: REPETTO, E. y MARRERO, G.(1996): *Estrategias de Intervención en el aula desde la LOGSE*. Las Palmas: ICEPSS, p. 217.
9. JIMÉNEZ ABAD, A.: «Valores y maestros», II Simposio de Educación Personalizada, 3 y 4 de junio 1994, Madrid.
10. GORDILLO, M^a.V.(1996): *Orientación y comunidad. La responsabilidad social del orientador*. Madrid: Alianza Universidad, p. 222.